

Amarrados a la vara de topear habían dos caballos enjaezados a la usanza campesina;

más el autor ha sabido introducir en su lenguaje cierta música, cierta cadencia feliz, que arrastra al lector a leer como con los ojos entornados.

Lepra de oro, si no por otros valores de que indudablemente no está dotada en abundancia, es una novela que marca en la literatura chilena una pista nueva: la pista del análisis psicológico ante un conflicto pasional. Y esto es insólito en letras como las nuestras, excesivamente externas y reducidas a temas campesinos en que los caracteres diferenciadores parecen haber sido amputados con dedicación ejemplar.—R. Silva Castro.

EMIGRANTES, por *Ferreira de Castro*.

El problema vasto y complejo que afrontan los que abandonan el solar nativo en busca de las soñadas tierras de promisión ha dictado más de una página y movido la pluma de no pocos escritores. Gama polícroma de sensaciones, mundo variado de matices, el emigrante, con su bagaje de ilusiones y proyectos ensueños e hipótesis, caídas y dolores, derrotas y triunfos, es un filón inagotable, rico para el buril del hábil forjador de ideas y engarzador de motivos y paisajes. En general, las obras de este jaez ofrecen un común denominador evidente. El dolor y la fe, la tristeza y la angustia, el triunfo acariciado y la derrota cruenta, actúan con idéntico

cortejo de sensaciones en la casi totalidad de los individuos de una misma capacidad sentimental y emotiva, como lo son la mayoría de los que emigran envueltos en la dulce y suave túnica de la ilusión. De aquí que para denunciar el valor potencial de una obra realizada con estos recursos básicos, ella ha de poseer el complemento de valores accesorios de fuerza indiscutible, de tal suerte que desglosándolos de sus méritos naturales—argumento y desarrollo—, estos pueden de por sí mantenerse, con agilidad y vigor, afrontando la responsabilidad de su propia marcha.

Emigrantes, de Ferreira de Castro, bien pudo, por el acierto de sus trazos generales, por la fuerza de su espíritu, por la envergadura de su construcción y por la indiscutible realización del conjunto, ser separada del rimero de producciones divulgadas con argumentos semejantes.

Ya hemos dicho que el motivo central de la novela poco dista de parecerse a ésta o aquella de igual filiación.—Manuel Bouza, el personaje protagónico, abandona sus tierras de un lejano poblado portugués, con la misma emoción, ensueño y esperanza con que se lanzan hacia las regiones doradas de América, italianos y rusos, españoles y polacos, serbios y croatas. El proceso es idéntico en la infinita gama de sucesos episódicos. Vencedor o vencido, el emigrante lleva auestas un tesoro de inquietudes y sensaciones. El escritor que se aboque a desenrañar estos matices complejos,

que los persiga en su hilván, que los interprete, que los asocie y que con ellos constituya un todo homogéneo, habrá llevado a cabo un esfuerzo de indiscutible mérito. Su obra tendrá, además, un valor continental. Franqueará los estrechos límites de una época y los contornos localistas de un medio ambiente determinado. Afectará los sentimientos de la gleba y ésta es idéntica en cualesquiera de los extremos de la tierra. Separados por el idioma, alejados por la diferenciación de seculares hábitos y costumbres, los emigrantes de todos los pueblos habrán de sentirse, en cierto modo, descriptos en el retrato del paria humilde y triste que lleva a cuestas el bagaje de su angustiada fe.

Ferreira de Castro ha sabido ver, con pupila despierta, la realidad amarga y doliente que escolta a una caravana castigada por la miseria, la ignorancia y el desengaño. Ha escrutado el fondo lóbrego de sus espíritus ensombrecidos por el dolor y ha logrado fijar, sin torpeza ni estilo chirle, sus facetas más íntimas, sus pliegues más recónditos.

Si esto fuera tan sólo el armazón o el andamiaje de *Emigrantes*, su autor lo ha rodeado, de ese soplo de verismo humano que surge de todo documento vivo, real sin ficción, sin leyenda. La existencia de los emigrantes en los cafetales de San Paulo, en las inmensas haciendas de Matto Grosso, en los latifundios de la selva enmarañada, son relatos en los que la obra creadora de la imaginación nada tiene

que hacer, cediendo el empuje de una pluma que narra, pinta y describe con la dolorosa simpleza de las tragedias cotidianas.

En estas páginas radica la fuerza de esta novela por la que desfila una sucesión de angustias y amarguras, dolores que carecen de toda literatura, de toda ornamentación, ya que su enjundia se desprende irrefutable de los sucesos mismos, comunes y trágicos a fuer de simples y grotescos. Ferreira de Castro no denuncia sólo la explotación del hombre por el hombre. Este flagelo, aclimatado en todas las latitudes, ocupa un rol secundario en el reparto de esta obra. Lo que cobra animación, lo que se agiganta, es el dolor de todos los que como Manuel Bouza han visto destruir su vida, guillotinar sus ilusiones, despedazar sus esperanzas, en una existencia estéril y miserable. Este es el drama de millares de emigrantes que desde todos los pueblos del orbe convergen hacia donde la fantasía les señala la presencia de El Dorado; drama que no requiere escenas macabras o truculentas para cobrar intensidad y emoción.

Emigrantes es el diario de un hombre bueno que sin más recursos y armas que su fe y su confianza en el poder de la fuerza de sus brazos, se lanza a luchar contra una legión de potendados y poderosos. Lucha desigual de débil a fuerte. En Manuel Bouza, derrotado, se encarna un símbolo: el de todos los parias del mundo enfermos de ilusiones, pletóricas de esperanzas.

Se ha discutido y polemizado en torno de esta obra. Se ha prohi-

bido su difusión en el Brasil por ligeras interpretaciones en cuanto a su fondo social. Si bien es cierto que el argumento tiene por escenario de desarrollo regiones brasileñas, el problema y la tragedia no tienen, en cambio, limitación alguna; pertenecen al universo, son continentales, subsisten en todos los pueblos mientras la sociedad se ajuste a la actual diferenciación de clases sociales. Lo que Ferreira de Castro descubre en los cafetales de San Paulo, podría transportarse a las explotaciones de algodón del Chaco, a los yerbales de Misiones, a las minas bolivianas, a las salitreras chilenas o a las regiones mineras de cualquier región de América.

Documento vital cuyo vigor se excede de los límites de la novela deja en el espíritu un sedimento de amargura. Su lectura constituye el desfile doloroso de la caravana heterogénea y confiada, en marcha, marcha incesante hacia el porvenir.
—*Salomón Wapnir*.

FILOSOFIA

PLOTINO, (1) por *Jorge Mehils*.

Pocas etapas históricas tan abundantes de sugerencias eficaces para una mejor comprensión de la actualidad occidental, como aquella que abarca el esplendor de Alejandría. Es fácil advertir notables semejanzas de forma y sentido entre las realidades de entonces y las de ahora, sobre todo en la es-

fera de los problemas espirituales. Alejandría es una ciudad cuyo máximo florecimiento corresponde a la declinación del mundo cultural greco-latino. Es una ciudad cosmopolita que realiza el tipo de vida civilizada. Corrientes étnicas, económicas, y espirituales, venidas de todas partes, se mezclan, coexisten y, a veces, se confunden. Oriente y Occidente intercambian en ella y sus productos, sus costumbres, sus ideas, sus vicios.

Esfumado el poderío intelectual de Atenas, pasó a ser Alejandría el centro de la actividad filosófica. Su Museo reunía las producciones del genio antiguo. Numerosos investigadores desentrañaban, en pacientes esfuerzos de interpretación histórica y filológica, el sentido de los textos magistrales. Había un continuado fervor en el estudio del pensamiento clásico.

Por lo demás, todas las escuelas griegas, desde la pitagórica hasta la epicúrea, tenían maestros y discípulos en Alejandría. Y del contacto de estas escuelas griegas con las tendencias orientales, del choque de opuestas concepciones del mundo y de la vida, resulta una atmósfera de extraña y fecunda complejidad espiritual, donde prosperan audaces pensamientos de vasta amplitud metafísica y magníficos síntesis de ideas clásicas y visiones religiosas.

El estado de ánimo inquieto y escéptico, propio de una urbe civilizada de gran esplendor material, era un buen terreno para toda clase de tentativas filosóficas. Como en nuestros días, el hombre buscaba

(1) Revista de Occidente.—Madrid.